

Viernes 15 mayo 840.

(2 reales.)



LA PSIQUIS, PERIODICO DEL BELLO SEXO.

NUMERO 11.

A LAS SEÑORAS SUSCRITORAS.

HE aviso que insertamos en el número anterior, relativo al accidente que inutilizó las orlas que encuadraban las llanas, ha dado ocasion á tres ó cuatro remitidos que en sustancia dicen lo mismo, y de los cuales insertamos el siguiente firmado por diez señoras concurrentes á una de las tertulias mas cultas de esta capital. Dice asi.—Sres. redactores de *La Psiquis*.—Muy señores nuestros: Hemos leído el aviso publicado en el último número de nuestro periódico; y sentimos el accidente que priva á sus páginas de un adorno que las hermosea. Pero habiéndonos gustado el que se le ha sustituido,



desearíamos siguiese asi, y en cambio se nos diese alguna lámina mas, en lo cual complacerian VV. á todas; pagando el tributo á la moda, que lo es en el dia de las ediciones pintorescas. Y sin presumir mucho, creemos ser en ello intérpretes de la mayoría de las suscriptoras á *La Psiquis*. De VV. afectísimas seguras servidoras Q. S. M. B.—Siguen diez firmas.

No necesitábamos de este estímulo para empeñarnos en entrar de lleno en la senda de las mejoras; pero supuesto que se manifiesta tan esplicita la voluntad de aquellas, cuyos deseos son preceptos para nosotros, vamos á ocuparnos de ellas sin temor, confiados en que hallarán grata acogida, único fin á que aspiramos. Admitiendo ya ensanche las llanas, aunque los números se den de á pliego, segun se ofreció, la lectura será poco mas ó menos igual á la de pliego y medio.

En lo sucesivo ED TODOS LOS NUMEROS SE DARA Ó FIGURIN, Ó PATRON, Ó LAMINA HERMOSAMENTE LITOGRAFIADA, de suerte que al fin del año se formará una coleccion pintoresca de figurines, retratos, historias, paisages &c., con cuya mejora y las últimamente anunciadas nos vamos acercando al logro de nuestra idea dominante, que es distinguir el periódico del bello sexo, á falta de otras recomendaciones, por su lujo y baratura. Para ello no reparamos en gastos, y todos pueden conocer los que envuelve el papel, dibujo y tirada de tres ó cuatro litografías al mes, sin contar el figurin.

EDUCACION.

Influencia de las mugeres en la sociedad.

ARTICULO 5.º

Mugeres romanas.—El momento de la pérdida de la libertad fue el que operó la última revolucion en las costumbres de aquellas mugeres. Entregada Roma á toda clase de vicios, no las miraba sino con la recompensa de la depravacion, ó como las cómplices de ella. Jamas hubo época mas vergonzosa para el sexo, que lo pierde todo cuando pierde la modestia, y salva las barreras del pudor. Vióse á las mugeres mas distinguidas disputarse un histrion á peso de oro. Las leyes que no habian podido prever todos los grados de la corrupcion, quedaron impotentes; despertaron muy tarde, y espantadas del número de los culpables, se ocultaron y condenaron al silencio, pues era mucho lo que tenian que castigar. Desde aquel instante se rompieron los diques, y para huir los remordimientos del dia anterior, se preparaban los crímenes del siguiente.

Jamas gozaron las mugeres mas libertad, mas brillantez y menos imperio. ¿A qué se reduce su poder, cuando solo lo ejercen en los sentidos? ¿Qué es de ella, cuando se la despoja de todo el prestigio encantador de amor, de modestia, verdadero deleite del alma, delicioso sentimiento del corazon?

Sin embargo en medio de la disolucion general, no faltaron mugeres que se señalaron por sus prendas y virtudes. Octavia, hermana de Augusto, y muger de Antonio, rival de Cleopatra, tan tierna como virtuosa, fué una de las que la naturaleza produjo sin duda para probar que á despecho de las costumbres de su tiempo, existian siempre mugeres formadas para honrar el sexo. Porcia, digna asociada de una conspiracion que debia decidir de la suerte del mundo, muere intrépida como su padre Caton. Paulina mezcla su sangre con la de Séneca. Agripina, muger de Germánico, desafia á Tiberio desde su destierro, y triunfando de las costumbres de su siglo, consume sus años llorando al esposo. Eponina debe á la cobardia de Vespasiano una muerte gloriosa. Una ojeada rápida sobre la historia de las mugeres célebres basta para recordar las que nos abstenemos de citar.

¿A quién se deberá atribuir la disolucion en que Roma se hallaba sepultada? ¿A las mugeres? Ellas no hacian las leyes. ¿Podrian oponer un dique al torrente de los vicios que inundaban el imperio? Verdad es que las mugeres forman las costumbres; mas no pueden sostenerlas por sí solas. Háselas visto estimular á la virtud y aun inspirarla; pero con su natural debilidad, ¿pueden acaso ocuparse á un tiempo en combatir y destruir una corrupcion astuta, que se reviste de mil formas seductoras para agradar? Seamos justos. Un hombre solo puede corregir las costumbres; lo cual no lograrán muchas mugeres virtuosas reunidas. Los primeros romanos debieron indudablemente parte de su energía á las preciosas cualidades del sexo; mas para que las mugeres electricen nuestras almas y nos esciten á las bellas acciones, la pendiente hácia el bien ha de ser muy pronunciada. No exijamos de ellas mas de lo que nosotros mismos podemos alcanzar. Tienen espíritu, y pocas veces genio. Escitar á la gloria el espíritu del objeto amado; sacrificar sus sentimientos al honor de aquel, al deber; ser nuestras consejeras, nuestro apoyo, nuestro consuelo en las penas, el manantial de nuestros mas puros placeres; tal es la mision de la muger sobre la tierra con referencia al hombre.

HISTORIA NATURAL.

De la hermosura en general considerada físicamente y con aplicacion á la muger.

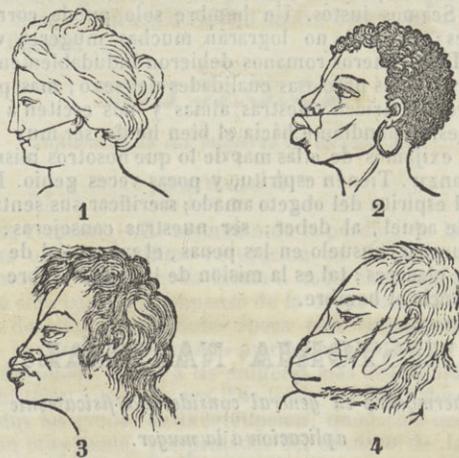
Conclusion.

El hombre naturalmente observador no tarda en buscar la razon de las sensaciones que experimenta, y no habia de dejar de indagar la de una de las mas profundas y agradables. De aqui tuvo principio el sistema, al cual se añadieron reglas y á estas

se sujetó la hermosura. Sí, la hermosura tiene sus tipos y líneas, á cuya aproximacion se debe su mas ó menos perfeccion; hay digámoslo asi, una mascarilla primitiva, y cuyo modelo ocultó la naturaleza á nuestros ojos terrenos, y ella ha suministrado las distancias y dimensiones, sujetando á compás lo que parece y es en realidad un ser ideal. Nos explicaremos.

Han advertido los anatómicos observadores, que si se tira una línea recta imaginaria, que desde la frente de una persona baje á terminar en el nacimiento de los dientes incisivos, y desde aquí otra recta hasta el orificio exterior del oido; el ángulo que forman estas dos líneas, cuanto mas se acerca al recto, tanto mas hermoso es el rostro, y vice-versa tanto mas feo y desgraciado cuanto mas agudo dicho ángulo. En efecto, esto es lo que se llama *ángulo facial*, ó de la cara; y si nuestras lectoras observan en lo sucesivo con atencion, conocerán lo fundado de semejante sistema.

Hase advertido tambien que el ángulo se estrecha mucho mas en la naturaleza salvaje, hasta casi confundir el eslabon que une al hombre con el mono, y los habitantes de la Nueva Holanda, y en general los Australasios ofrecen una curiosa prueba. Basta fijar la vista en el perfil de las cuatro caras adjuntas,

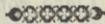


para comprender perfectamente el sistema, en cuyo favor, sino militan argumentos de evidencia, los hay de congruencia, y sobre todo de curiosidad. La primera cabeza representa la de Venus de Médicis y en ella el ángulo facial casi recto, que es la mayor perfeccion del rostro de la muger. La segunda representa una negra, en la cual los lados del ángulo se aproximan mas, por cuya razon, aun prescindiendo del color, el rostro se aleja del tipo de la hermosura. Mucho mas notable es la agudeza del

ángulo en la tercera cabeza que representa una muger de la Nueva Holanda, en la cual se nota muy corta diferencia con el mono, cuya cabeza está representada bajo el número 4. Creemos que esta divertida idea suministrará nueva materia de observaciones curiosas á nuestras ilustradas lectoras, con quienes usamos sin recelo un lenguaje algo científico, que no les es extraño, como tal vez lo era á nuestras abuelas, y en épocas en que se miraba como un sacrilegio y profanidad el que una señora supiese leer y escribir.

No solo es indicio la mayor ó menor abertura del ángulo facial de mayor ó menor hermosura del rostro, sino generalmente de mayor ó menor talento y aptitud. Y es porque entonces la cavidad del cerebro es mas reducida, y contiene menos sustancia, de suerte que los que llevan dicho ángulo sobrado agudo, han experimentado madrastra á la naturaleza en dos de sus principales dones. Nuestras lectoras no tienen sino por que darle gracias, y pueden con orgullo enseñar el perfil delicado de su hermoso rostro, seguras de que el compás encantador pocos grados se apartará del ángulo recto. Y verán si teníamos razon en decir que la hermosura se mide con un compás.

POESIA.



En aquellos jardines de ventura
Do jamas tuvo fin la primavera,
Quiso Dios dar al hombre compañera,
Llenándola de gracias y hermosura.
Al ángel lo formó de luz y gloria,
Y á la muger formó de aroma y flores,
Y si al ángel sobraron resplandores,
Vino á quedar dudosa la victoria.
Por sobrar en la virgen escogida
Dulce copia de amor, Dios poderoso
Formando de jazmin su pecho hermoso,
Con un soplo de amor le dió la vida.
Por ser de flor, temiendo al torbellino
Que pudiera oprimir su pompa y gala,
Aunque á los mismos ángeles se iguala,
Débil la contempló su autor divino.
Demos (dijo) á sus nitidos luceros
La irresistible fuerza del encanto:
Mirad, ojos hermosos y hechiceros,
Mirad y vencereis, brillad sin llanto:
Si quereis ablandar los mismos broncees,
Y no basta mirar, llorad entonces.

J. Arolas.

LA CALAVERA.

En un lecho modestamente adornado, y que suponía algunas conveniencias en el dueño, yacía el anciano Alberto, en quien la edad más que los achaques le anunciaba el término de una de aquellas vidas tranquilas, recorridas sin grandes padecimientos como también sin grandes goces. En su rostro se advertía la resignación y la fé en una felicidad futura é imperturbable; pero sin embargo existía un objeto que alteraba algún tanto la paz de sus últimos instantes. La jóven y hermosa Julia se hallaba sentada á su cabecera, y la iba á dejar sola en medio de las seducciones y peligro de un siglo corrompido, el cual al paso que proclama humanidad y beneficencia, no encuentra delito en desgarrar un corazón inesperto, y entregarlo al envilecimiento y desesperación. Alberto era viudo hacia muchos años. Comerciante bastante acreditado, había logrado reunir una mediana fortuna. Un hijo que tenía, vicioso y jugador, emigró á país extranjero, donde pereció víctima de sus desórdenes. Solo le quedaba Julia en quien había concentrado todos sus afectos; y la iba á dejar antes de verla asegurada con el apoyo y á la sombra de un esposo.

Escucha, Julia, le dijo. Llevo conmigo el pesar de dejarte abandonada, aunque tu virtud y talento te colocan al abrigo de las seducciones que derriban á las almas comunes. No tardes en disponer de tu mano, medio único de desviar los tropiezos que siempre halla una jóven soltera y huérfana. Sé que amas á Enrique: yo no le conozco á fondo; pero su exterior me habla en favor suyo. Si te parece digno de tí, desde luego apruebo y bendigo vuestra unión.... No me interrumpas, continuó al ver que Julia iba á responderle.... siento que me quedan pocos momentos, y quiero aprovecharlos. Debo revelarte un secreto, que puede influir mucho en tu suerte ulterior. Quisiera ocultártelo, porque la fortuna que te dejó sobra para satisfacer las exigencias de un alma grande y noble como la tuya; pero mi conciencia me prohíbe mantenerte en el engaño en que estás. Tú has creído que yo.....

Un fuerte desmayo interrumpió la revelación de Alberto.... Julia pendiente de sus misteriosas palabras se hallaba embargada de pasmo y terror. Pero cuando le vió cerrar los ojos, y estampado en su rostro el sello de la muerte, llamó á gritos á los sirvientes, y se prodigaron al anciano todos los remedios para volverle en sí. ¡Ay! aquel desmayo había sido el precursor inmediato de la agonía, y ya no recobró el habla: solo pudo apretar la mano á Julia, mirar á un crucifijo de marfil que tenía en frente de la cama, y espirar.

Julia quedó abrumada bajo el peso de su dolor, acrecentado por la imposibilidad de saber un secreto que se acababa de tra-

gar la tumba de su padre. El sentimiento duró largo tiempo; pero al fin dió lugar á la reflexion, y Julia conoció que tenia obligaciones que llenar, y peligros que evitar. Enrique Richard, factor de una casa de comercio, la amaba hacia algun tiempo, y Alberto, que miraba con cierta despreocupacion el mundo, no reparaba en la falta de recursos de un simple factor, pues sabia que una vez casado con Julia, sus conocimientos mercantiles unidos al capital que ella heredaba, les proporcionarían un decente pasar.

Enrique instaba á Julia á que apresurase el dichoso instante de su enlace, y ésta, merced á su aislada situacion, creyó no la desfavoreceria el ponerse cuanto antes bajo la proteccion de un hombre. Por fin estrecháronse los plazos, y quedó señalado dia para la celebracion del matrimonio. La vispera de éste, hallándose Julia en casa, mientras Enrique habia salido á evacuar algunas diligencias indispensables en tales dias, la criada anunció á Julia la llegada de un forastero. Julia se puso á temblar sin saber por qué. El forastero se presentó.

(Se concluirá.)

DEL LENGUAGE DE LAS FLORES.

Entre las producciones variadas de la naturaleza, ninguna hay cuya vista afecte mas agradablemente los sentidos é imaginacion que las flores. La historia y la fábula han unido grandes y gratiosos recuerdos á estos seres ligeros y brillantes. Sabido es que los griegos y romanos adornaban con ellas los altares de sus dioses: en las ceremonias sagradas y en los convites se coronaban de flores: con flores cubrian las mesas en dias de grandes solemnidades, como tambien el lecho nupcial. Pero sin remontar á siglos pasados, ¿de qué hermosos derechos no gozan las flores en varias regiones del nuevo mundo? La jóven india que perdió su hijo querido, suspende el cadáver de las ramas de un acacia, y mientras los vientos mecen sus despojos mortales sobre las sábanas, la madre inmóvil se inclina sobre los grupos de flores que le rodean, procurando atraer á su seno el alma del hijo, que un hermoso error le representa como vagando sobre las encarnadas hojas de la rosa, ó sobre los blancos pétalos de la soberbia magnolia.

El lenguaje de las flores es conocido de casi todos los pueblos del mundo. Las unas consagradas á tiernos y dolorosos recuerdos, sirven de pasto á la melancolía; otras, y son en mayor número, recuerdan ideas de gloria y felicidad, ó componen un idioma misterioso para uso de los amantes. En oriente la belleza cautiva recurre al ingenioso Salem (*), para comunicarse con

(*) *Ramillete en el cual cada flor tiene su significacion diversa, y esta varia ademas segun su posicion relativa.*

el amigo de su corazón, á despecho de los cerrojos y de los argos que la observan.

Proponémos dar en algunos números, noticias sobre este nuevo y bello modo de comunicarse. Nuestras lectoras hallarán en las flores que les agradan la imágen viva de la belleza, gracia y frescura, y como saben todas, es muy natural amar aquello que se nos asemeja. Por eso decía un elegante poeta, hablando de una muger sensible y tímida.—Es una flor apenas abierta, que en su desden se asemeja al lirio, en su frescura á la rosa, en su movilidad al girasol; mas por desgracia tambien participa de la sensitiva, y huye cuando la van á coger.

En una palabra, la idea de la belleza se halla tan íntimamente ligada á la de las flores, que es casi imposible separarlas. Esto dió motivo al célebre dicho del rey Francisco I.—«Una corte sin mugeres es como una primavera sin rosas.» Daremos pues en muchos números sucesivos la reseña de algunas flores y su significado emblemático, acompañándola con su descripción botánica y aplicacion ú origen mitológico; con lo cual, no solo tendrán nuestras lectoras un placer instructivo, sino que podrán aprender á formar y leer toda especie de ramilletes.

MODAS DE VALENCIA.

Notamos en nuestras paisanas una particularidad que cede igualmente en elogio y recomendacion de las modistas valencianas. Ahora ya no vienen como antes las modas de tercera mano y como de rechazo de París á Madrid, y de Madrid á Valencia; sino que apenas vemos un figurin parisien, ya advertimos su reproduccion en nuestras elegantes, y poblados los paseos y *soirées* de lo mas moderno y esquisito que crean los fecundos é inagotables talleres de la mίrgen del Sena. Por eso las modas de primavera en Valencia siguen muy de cerca á las de París, sin embargo de que aun privan los muarés de colores claros. La hechura del vestido sufre algunas ligeras variaciones. La espalda es lisa y alta; el pecho atravesado de unos pliegues que parten del hombro y terminan en la cintura con un lazo. Solo llevan un volante ancho con un rulo encima, y vivos de color de contraste. Los pañuelos son de tul ó encage blanco con el centro bordado, y un encage de medio palmo rizado, y forrado de gró de color claro. En el peinado advertimos una novedad que encierra á nuestro entender un pensamiento filosófico. Todo el invierno han estado en boga las flores, y parecia muy natural usarlas cuando la naturaleza las prodiga. Pero nuestras hermosas se complacen en luchar con obstáculos, y tales lo eran arrebatarle flores en invierno. Ahora son conquista fácil y la desdénan. Asi somos todos. El peinado se reduce á cuatro grandes tirabuzones en cada lado, igual al del último figurin de París, y en éste, sombrerillo de raso blanco ó azul con una simple pluma.

VALENCIA.

IMPRENTA DE MANUEL LOPEZ.

1840.